

EXPLORACIONES ARQUEOLOGICAS EFECTUADAS EN CHICHEN ITZA, YUC.: 1951

JORGE R. ACOSTA

Las exploraciones comprendieron del 21 de mayo al 18 de agosto de 1951, y para la realización de los trabajos se contó con la colaboración del gobierno del Estado de Yucatán.

El personal técnico estuvo formado por el que esto escribe, quien dirigió los trabajos, en colaboración con el arqueólogo Ponciano Salazar Ortigón y la pasante de Antropología, Srita. Amalia Cardós.

El fin perseguido fué la restauración de los dos monumentos situados al este de El Juego de Pelota, denominados El Templo de las Aguilas y El Tzompantli. Estas estructuras se hallaban muy destruídas, dando muy mal aspecto a la Gran Plaza, que es el sitio más visitado de toda la zona.

Además, se hicieron trabajos en diversos monumentos que reclamaban consolidaciones inmediatas y una limpieza general en los principales grupos de edificios.

EL TEMPLO DE LAS AGUILAS

Fué el 24 de abril de 1931 cuando se comenzó a quitar el escombro de los alrededores del monumento, trabajo que estuvo bajo la dirección del arqueólogo José A. Erosa Peniche, de la entonces Dirección de Ar-

queología de la Secretaría de Educación Pública, con quien colaboró T. A. Willard, de la Institución Carnegie. En aquella época, los citados arqueólogos hicieron un intento de reconstrucción en el lado este y en el ángulo sureste de la estructura (lám. I).

Los trabajos de 1951 se iniciaron con un desyerbe general, para después limpiar sus alrededores y descubrir otra vez la estructura, que en parte se encontraba cubierta de maleza por el abandono en que durante veinte años se le tuvo.

Hecho lo anterior, se pudo observar que algunas de las piedras esculpidas se encontraban ordenadamente colocadas sobre el piso, en un intento de localizar la continuidad de los motivos como paso previo a la reconstrucción.

Fuera de la parte ya restaurada, el monumento se encontraba muy destruído, al grado de sólo tener *in situ* el bajo talud inferior de 90 cm. de alto y algunos escalones. En cuanto a los demás elementos, como los tableros, las cornisas, las alfardas y las grandes cabezas de serpientes, se hallaban abandonadas en las cercanías de la estructura (lám. II).

El trabajo, por lo tanto, consistió en clasificar, ordenar y estudiar todo el material caído, a fin de obtener de esta manera datos suficientes para restaurar el edificio. Se formaron sobre el piso, y a cada lado de la estructura, las piedras que parecían corresponder a los sitios destruídos. Ordenado el material, se dedujo que se trataba de una construcción muy semejante al Templo de Venus y que, en consecuencia, su reconstrucción no presentaba ninguna dificultad.

Se trata de una plataforma de planta cuadrangular de 9.40 m. por lado, en cada uno de los cuales tiene una escalinata que sobresale 2.75 m. de la base de la estructura. La altura total es de 2.90 m. y está formada por un solo cuerpo en talud, sobre el que hay un tablero abierto y encima otro, en forma de tablero cerrado (fig. 1).

Los motivos ornamentales son semejantes en los cuatro lados. El tablero entrante de cada uno de ellos, tiene la representación de un jaguar, en posición sedente; los tableros salientes laterales ofrecen dos águilas viendo hacia el felino. Es interesante hacer notar que los jaguares no miran hacia el eje de la escalinata, como es la costumbre de los motivos principales, sino hacia afuera, es decir, hacia los ángulos exteriores.

Es pertinente mencionar que algunas losas decoradas fueron puestas en su sitio durante los trabajos de 1931; pero no se llegó a subir nin-

guna de las piedras que formaban la pesada cornisa superior. Esta adopta la forma de un tablero cerrado que lleva esculpidos, en bajorrelieve, dos personajes ricamente ataviados, reclinados de tal manera que se tocan por

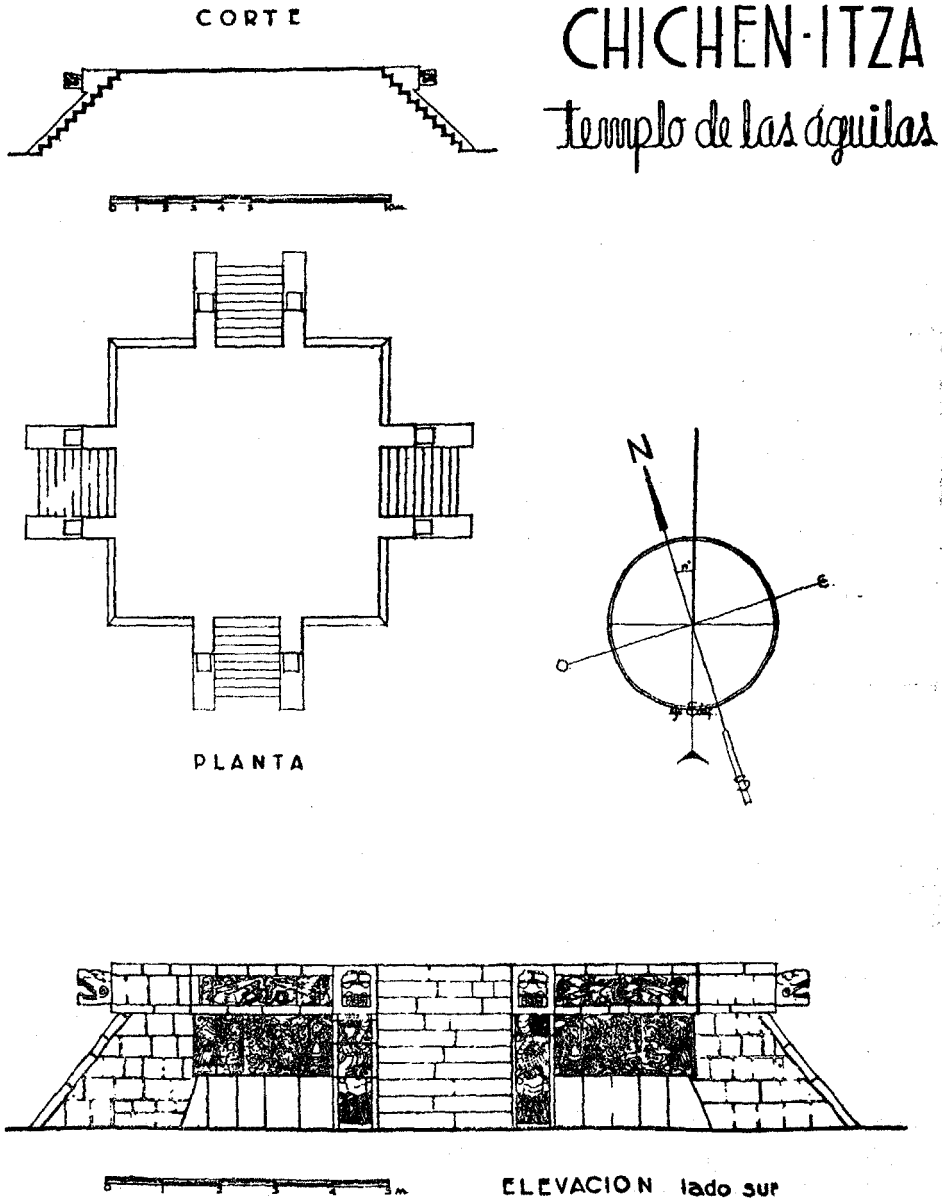


Fig. 1

sus extremidades inferiores; las figuras están limitadas por una moldura lisa de 16 cm. de grueso (fig. 2).

Esta combinación escultórica de un jaguar entre dos águilas y con dos personajes en la parte superior, se encontraba en cada lado de la escalinata, razón por la que se repite ocho veces en todo el monumento.

Las cuatro escaleras de la estructura están limitadas por alfardas que siguen la misma inclinación de los escalones. Cada una de ellas está decorada con una serpiente emplumada en bajorrelieve, y la cola del reptil apóyase sobre el suelo, rematada por un haz de plumas. En seguida vienen los tres crótalos y después el cuerpo ondulante, hasta llegar al sitio donde la alfarda cambia de inclinación para volverse vertical. Es precisamente en la parte vertical donde se hallaba la gran cabeza en bulto de la serpiente.

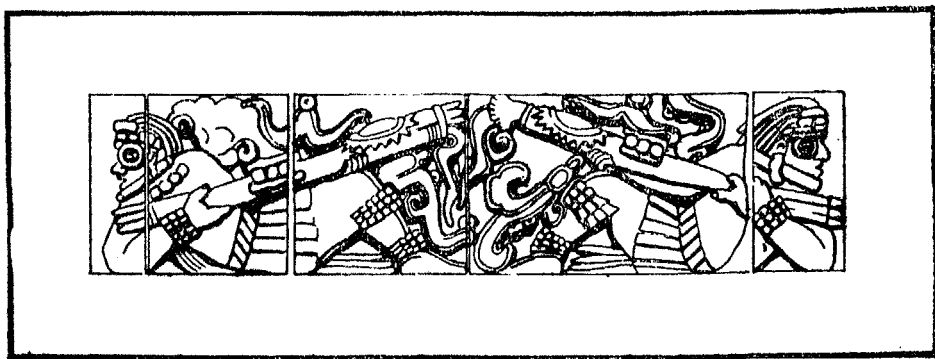


Fig. 2. Decoración de la cornisa del Templo de las Águilas.

Después de un detallada revisión del material, se observó que faltaban algunas lápidas para completar las fachadas. Por ejemplo, de las ocho representaciones de jaguares que originalmente tuvo, faltaban tres. De éstas, una fué localizada en el Museo de Arqueología de Mérida, otra se halla en el Museo Nacional de Antropología y la tercera aún no se ha encontrado.

Es importante hacer notar que muchas de las piedras no estaban próximas al monumento, debido a que fueron removidas y algunas de ellas llevadas a la antigua hacienda de Chichén Itzá por Eduardo Thompson. Posteriormente fueron reunidas tanto por los arqueólogos Erosa Peniche y Alberto Ruz L., como a últimas fechas por nosotros.

En vista de lo anterior, tenemos que confesar que existe la posibilidad de que en la reconstrucción, algunas de las piedras no estén en su lugar primitivo. Esto no afecta la apariencia original del monumento,

ya que uno de los jaguares de un lado, muy bien pudo haber correspondido al opuesto.

La restauración se inició en el ángulo suroeste, colocando otra vez en su sitio el tablero con las representaciones de jaguares y águilas, hasta la altura de la parte ya restaurada por Erosa Peniche, corriéndose después este nivel tanto en el lado oeste como en el norte. Una vez hecho esto se procedió a la colocación de la pesada cornisa superior. Se empezó con la de la fachada sur, se siguió con la del oeste y, finalmente, con las de los lados norte y este. Con este nuevo nivel se obtuvo la altura máxima de la estructura, o sea 2.90 m. por sus cuatro lados (lám. III).

Escalinatas. Después de los trabajos de reconstrucción del basamento, se procedió a restaurar las escalinatas. Para esto se utilizó la del lado sur, que se hallaba mejor conservada. De ella se tenían *in situ* sus dos primeros escalones y parte del tercero, así como el arranque de ambas alfardas (lám. IV). En total fueron diez los escalones que se colocaron para llegar a la parte superior.¹ De éstos, los tres primeros estaban más o menos en su lugar, cuatro fueron restaurados con material que se encontraba suelto en las cercanías, reconstruyéndose los tres superiores con piedras más pequeñas debido a la falta de material original (lám. V).

En cuanto a las alfardas, se principió a restaurar la del lado oeste de la misma escalinata, para lo cual ya se había encontrado la continuidad del motivo de la serpiente. En total se colocaron dos grandes losas sobre la que se tenía *in situ*, faltando, sin embargo, un fragmento de 25 cm. para completar el cuerpo. A la vez se colocó la gran cabeza en bulto de la serpiente, que se hallaba tirada en la base de la escalinata.

Se continuó con la alfarda este, y lo mismo que en el caso de la anterior, la primera losa estaba en su lugar, pero por desgracia no pudimos encontrar su continuidad sino sólo un fragmento de la parte alta, quedando toda la parte intermedia provisionalmente ocupada por núcleo; también se colocó y amarró con cemento la gran cabeza de la serpiente.

En vista de que estas cabezas son muy pesadas, estando rotas sus espigas en ciertos casos, hubo necesidad de perforarlas por la parte posterior y reforzarlas con varillas de hierro para después sujetarlas en posición con un vaciado de cemento (láms. VI y VII).

Con lo anterior, quedó terminada la fachada sur del monumento, siendo relativamente fácil reconstruir las tres escalinatas faltantes, aunque se hallaban en muy malas condiciones de conservación. Ninguna de ellas con-

¹ Los escalones tienen en promedio 29 cm. de peralte por 30 cm. de huella.

servaba *in situ* losas de las alfardas, pero los mejores datos se encontraron en la escalinata norte, la cual tenía los tres escalones inferiores completos y restos de otros cinco superiores, fuera de su sitio.

En vista de que no existían los materiales originales para restaurar las alfardas, en la mayoría de los casos se optó por poner núcleos, colocando arbitrariamente algunos fragmentos de losas esculpidas en los sitios que parecían corresponderles. Sin embargo, tenemos la esperanza de localizar algún día las losas faltantes y colocarlas en los lugares que ahora ocupan los núcleos.

Por fortuna se pudieron localizar las ocho cabezas de serpientes que rematan las alfardas, de las que seis se hallaban en las cercanías del monumento, una fué llevada de la antigua hacienda de Chichén Itzá, y la última se encontraba cerca del Templo de Venus.

Hay que hacer hincapié en que durante los trabajos de reconstrucción siempre se marcaron las piedras repuestas por nosotros, "entallándolas" con cemento, forma contraria a la seguida en la mayor parte de las otras zonas en donde la parte nueva se marca por medio del "rejón" o "cuñas" para "entallar" la parte original. Este cambio obedeció a que en Chichén los antiguos constructores utilizaron a menudo las "cuñas" en sus edificios.

La construcción en forma de núcleo fué utilizada en todos los casos donde faltaron losas para completar el motivo. Por ejemplo, en la fachada norte quedaron dos grandes vacíos por la falta de las losas con representaciones de jaguares; estos espacios fueron rellenados con núcleo en forma provisional, puesto que se tiene el deseo de trasladar la lápida esculpida que actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Antropología para colocarla otra vez en su lugar original.

Al finalizar la temporada de trabajos se había concluído la restauración de esta importante estructura, y puede decirse que es de las pocas veces que en la zona maya se reconstruye totalmente un edificio para que el visitante se forme una idea cabal de cómo fué la estructura cuando estuvo en uso (fig. 3).

Los trabajos de reconstrucción de esta estructura estuvieron a cargo del que esto escribe.

EL TZOMPANTLI

Este interesante y bello monumento, que se halla a muy corta distancia al noroeste del Templo de las Águilas, también fué en gran parte res-

taurado en la presente temporada. Ya se ha publicado un informe detallado de los trabajos de exploración y reconstrucción efectuados en esta estructura,² por lo que para evitar repeticiones me concretaré a dar una breve reseña.

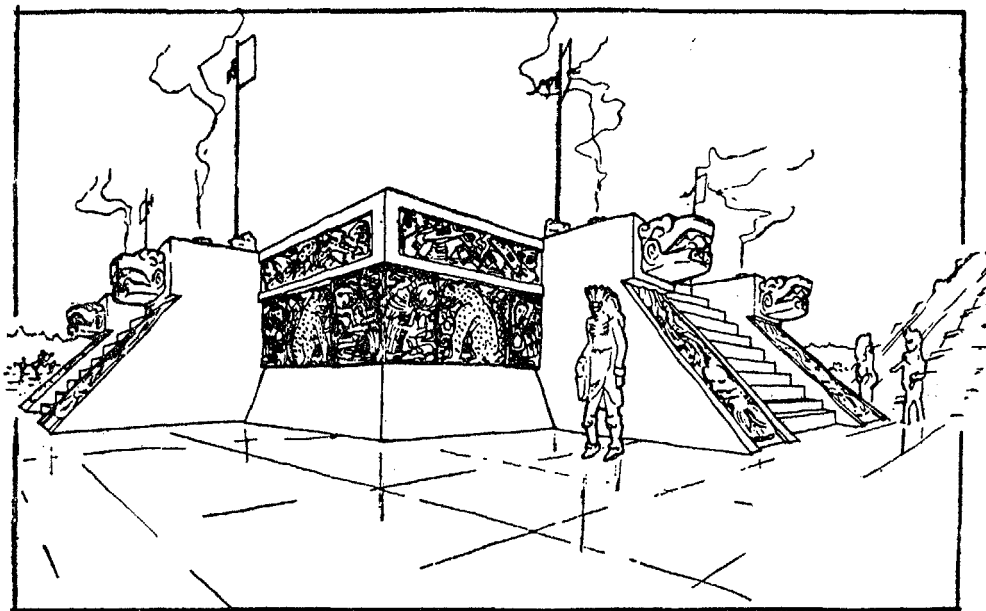


Fig. 3. Reconstrucción ideológica del Templo de las Águilas.

Especial empeño se tuvo en dar mejor aspecto a este conjunto de edificios, razón por la que se restauraron las fachadas principal y sur. Esto se logró después de colocar otra vez en su sitio aproximadamente 320 piedras esculpidas con magníficos bajorrelieves que representan los clásicos estilos toltecas de figuras humanas, cráneos, serpientes emplumadas y águilas (láms. IX y X).

Para finalizar se abrió una ancha trinchera exploradora que atravesó de norte a sur el monumento, y que aportó importantes datos arqueológicos, siendo el más espectacular el descubrimiento de una extraordinaria escultura en piedra de las que se han denominado *Chac-Mool*. Es curiosa la gran abundancia de este tipo de esculturas en la zona arqueológica de Chichén Itzá, y que ésta sea la décimocuarta que se ha encontrado. Por su

² SALAZAR ORTEGÓN, P. "El Tzompantli de Chichén Itzá, Yucatán". *Tlatoani*, vol. 1, núms. 5 y 6, México, pp. 37-41.

gran belleza y acabado es comparable a la que descubrió Augusto Le Plongeon a principios del presente siglo.

Muy cerca del hallazgo anterior se encontraron los fragmentos de una piedra circular decorada por ambas caras con serpientes entrelazadas. Según los datos obtenidos en el campo, se trata de un antiguo anillo de juego de pelota, que fué usado posteriormente como altar (lám. XI).

En la misma trinchera se localizaron entierros consistentes en los cráneos de dos decapitados, asociados a fragmentos de discos con mosaicos de piritas y objetos de jade muy destruídos por la acción del fuego (lám. XII).

OTROS EDIFICIOS

Además de los trabajos anteriores, se hicieron otros de limpieza y consolidación en varios sitios de la zona que los necesitaban con urgencia, como en el Juego de Pelota, El Castillo, el Templo de los Guerreros, El Caracol, el Chichen Chob, Las Monjas y el Akab Dzib. Hay que mencionar que desde que terminaron los trabajos de la Institución Carnegie no se había llevado al cabo tal índole de trabajos, por lo que muchos de los monumentos estaban en mal estado de conservación.

En todos estos edificios se hizo una limpieza general, se barrieron los pisos y en la mayoría de los casos se lavaron las paredes interiores para borrar las numerosas inscripciones dejadas por los turistas.

De la estructura interior del Templo de los Guerreros se sacó el escombros acumulado por la destrucción de las pinturas que decoraban sus paredes, debiéndose hacer notar que de las pinturas murales interiores ahora casi no queda huella alguna. Es lamentable que se haya perdido esta obra de arte indígena, debido a que no se aplicaron oportunamente las sustancias necesarias para lograr su conservación.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

En resumen, el plan de trabajo consistió únicamente en la consolidación, restauración y limpieza general de la zona, sin pretender en lo más mínimo hacer trabajos de investigación. El objeto más bien, fué el de procurar que el público, observe la ciudad arqueológica lo más real que se pueda, pues una de las misiones más importantes que el Instituto Nacional de Antropología e Historia es, aparte de la de investigar, la de educar al pueblo de México utilizando la técnica pedagógica de mostrar objetivamente su glorioso pasado.

La restauración del Templo de las Águilas fué relativamente fácil, debido a que es una réplica en menor escala del Templo de Venus, que años atrás fuera reconstruido. Desde luego, los lineamientos para estos trabajos consistieron en continuar la restauración del ángulo sureste, que había sido repuesto por el arqueólogo José A. Erosa Peniche. Los únicos problemas que se presentaron fueron de índole más bien constructiva como el de distinguir la parte restaurada de la original; la manera de llenar los vacíos dejados por las losas esculpidas faltantes sin que se diera un mal aspecto al monumento. La colocación de las grandes cabezas de serpientes que rematan las alfardas también presentaron serios problemas de estabilidad, ya que en su mayoría estaban fragmentadas y, en algunos casos, ya no tenían las espigas. Todas estas dificultades fueron allanadas satisfactoriamente y en cada caso se dió la solución particular que se requería, como ya dijimos en páginas anteriores.

Sin embargo, me parece conveniente hacer algunas consideraciones sobre uno de estos problemas, o sea, la obligación que tiene el arqueólogo de diferenciar la parte restaurada por él, de la parte original en un monumento arqueológico. Una de las normas que el investigador siempre tiene que respetar es precisamente la de ser sincero en su trabajo, es decir, que debe exponer con toda claridad lo que ha interpretado y creado; pero en los trabajos de restauración de edificios es donde existen mayores posibilidades tanto para dicha creación como para incurrir en errores. Por más preparado que sea un arqueólogo, siempre está expuesto a cometer un error de interpretación que puede adulterar el aspecto de un monumento arqueológico. Este peligro, constante en todos los trabajos de restauración, puede tener menores consecuencias, si se tiene la precaución de marcar la parte restaurada; en caso contrario, se convierte en un difícil problema, porque pasado algún tiempo otro investigador más preparado ya no podrá distinguir si se ha cometido un error en la reconstrucción.

En el Centro de México no existe este problema; los arqueólogos han elaborado técnicas muy eficientes para diferenciar lo que restauran de lo ya existente u original de un edificio prehispánico. La más común consiste en utilizar pequeñas piedras o "cuñas" entre las juntas de las piedras repuestas; otra, en colocar una hilera de "cuñas", formando un marco alrededor de la parte auténtica conservada.

En contraste con lo anterior, existe un tipo de construcciones en donde no se puede utilizar ninguna de las técnicas expuestas sin afectar grandemente la apariencia estética del monumento. Nos referimos, en lo parti-

cular, a zonas como Mitla y la maya en general, donde la ornamentación sobre los edificios es a base de complicadísimos mosaicos de figuras geométricas y mascarones. Lo más común es que éstos estén contruidos con piedras muy bien cortadas que se ajustan a la perfección, sin dejar más que angostas juntas en donde no podrían colocarse las "cuñas" para señalar la parte restaurada.

Lo que aquí se quiere hacer notar es que el problema aún queda en pie, debido a que los investigadores de estas zonas no han buscado la solución adecuada y han preferido continuar por el camino más fácil, de restaurar sin establecer distinción alguna.

A mi juicio, esto no es correcto porque da lugar a que el visitante crea que todo lo que ve es auténtico, sin que deje de haber quienes crean que todo es nuevo. Para un arqueólogo esta situación es desesperante, puesto que para él, el monumento representa un documento, interesándole desde luego saber hasta qué punto se conservó, para así poder rectificar o ratificar lo que su colega ha hecho con anterioridad.

Cierto es que en la mayoría de los casos se toman fotografías y dibujos antes de proceder a la reconstrucción; pero quien visita las zonas no siempre tiene a la mano toda esta documentación, la que por lo general se encuentra en los archivos de los museos.

Creo que es urgente encontrar una manera de hacer esta diferenciación en los edificios mayas, pues de lo contrario se están perdiendo importantes datos arqueológicos, y llegará el día en que el arqueólogo mismo no podrá distinguir o recordar la parte que ha repuesto de un edificio determinado.

El Templo de las Aguilas fué restaurado totalmente, en lo que se refiere al basamento piramidal, pero no se sabe si tuvo alguna estructura superior. Existe esta posibilidad porque en las inmediaciones se hallaron numerosas piedras de forma cónica, aproximadamente de 1.50 m. de longitud, que bien pudieron pertenecer a una construcción levantada sobre la plataforma superior. El obispo Landa, refiriéndose a la función tanto de este templo como del de Venus, expresa: "...en que dicen representaban las farsas y comedias para solaz del pueblo", es decir, en donde se llevaban al cabo ceremonias religiosas ante la mirada de miles de fieles que concurrían a las fiestas.

Piedras semejantes fueron halladas al hacer la exploración del Templo de Venus, pero en vista de que los arqueólogos no supieron cuál era su sitio original, las dejaron en las cercanías del monumento, hecho que se repitió con las del Templo de las Aguilas.

La trinchera de exploración realizada en la parte central de El Tzompantli también puso al descubierto muchas de estas piedras de forma cómica; en su mayor parte estaban casi en la superficie, colocadas con cierto orden, por lo que es de creerse que fué algún explorador el que las puso en ese sitio. Por desgracia no se tuvo el tiempo suficiente para agotar la exploración, que quizás hubiera aportado datos sobre la colocación y función de las mencionadas piedras.

Aprovecho la oportunidad, para aclarar que fué en el Templo de las Aguilas y no en el de Venus, donde Augusto Le Plongeon halló la primera de las figuras recostadas que bautizó con el romántico nombre de "Chac Mool". Basta una hojeada a su libro titulado *Queen Moo*, para darse cuenta de que dicha escultura fué sacada de un monumento decorado con figuras humanas reclinadas, águilas y jaguares. Se ignora quién fué el responsable de este error, que por desgracia se ha repetido en todas las publicaciones que se refieren a la zona maya.

No existe la menor duda de que este entusiasta investigador francés fué, en gran parte, el culpable de la destrucción de este monumento. En aquellos tiempos las exploraciones se efectuaban más bien a base de buena voluntad que de técnica, con resultados desastrosos para los edificios arqueológicos.

Puede asegurarse, sin lugar a equivocación, que el Chac Mool encontrado recientemente en El Tzompantli y el descubierto por Le Plongeon, fueron esculpidos por el mismo artista. La razón es la gran semejanza que existe entre las dos piezas, tanto en lo estético como en el acabado.

La abundancia de los llamados Chac Mooles, ya sea de Tula como de Chichén Itzá, indican que se trata de un rasgo distintivo de la cultura tolteca. Sin embargo, esto no quiere decir que no hayan sido utilizados por otras culturas, como sucedió con la tarasca y la mexicana en épocas posteriores.

El Chac Mool, tanto en Tula como en Chichén Itzá, aparece asociado a edificios dedicados a Quetzalcóatl, y aunque a veces muestra atributos del dios de la Lluvia, no parece ser un dios. Es demasiado humano y pacífico para serlo, además de que se encuentra en los templos que ya tienen como dios titular a la Serpiente Emplumada.

Tal vez estas esculturas tuvieran una utilidad más bien ornamental-religiosa, como es el caso de los atlantes y los porta-estandartes, los cuales también llevan a veces atributos del dios de la Lluvia. En el caso de Chac Mool, bien pudo tener la función exclusiva para soportar una vasija cere-

monial o *cuauhxicalli* sobre el vientre. Quiero hacer hincapié que en el Tzompantli de Chichén Itzá, hasta la fecha se han localizado tres de estas esculturas.

Es indudable que los bajorrelieves del Templo de las Águilas encierran un profundo simbolismo que no hemos todavía estudiado a fondo. Es seguro que el edificio estuvo dedicado a Quetzalcóatl, como puede observarse por las múltiples representaciones de serpientes emplumadas sobre las alfardas de las escaleras. Al mismo tiempo, los otros bajorrelieves indican que estuvo dedicado a Quetzalcóatl como dios creador; las águilas recuerdan al sol; los jaguares, con sus manchas, a la noche, y los personajes recostados y el Chac Mool a la lluvia. En otros términos, todos estos elementos están representando la Creación con la eterna lucha entre la vida y la muerte, respectivamente. El agua en forma de lluvia es el elemento básico para que el maíz pueda ser cosechado, para que el alimento que fuera la base de la sustentación de los pueblos prehispánicos, no faltara.

Es muy significativo el hallazgo de dos decapitados en las exploraciones efectuadas en El Tzompantli. Los guardianes de la zona informaron que en este mismo monumento otros investigadores realizaron descubrimientos similares. Por desgracia, estos hallazgos no fueron debidamente registrados y hasta la fecha no han aparecido en publicaciones científicas. Sin embargo, el dato es importante y viene a demostrar que entre los toltecas de Chichén Itzá existía la costumbre de enterrar las cabezas de los sacrificados en el mismo Tzompantli, en vez de ensartarlas sobre las estacas colocadas en la parte superior de la plataforma. No sabemos si estos entierros fueron hechos al construir la estructura o depositados posteriormente al celebrarse las diversas ceremonias dedicadas a los dioses; pero queda confirmada esta costumbre de ofrendar la cabeza de decapitados en los bajorrelieves que se observan en la fachada principal del monumento. En ellos vemos una procesión de guerreros en cuyas manos llevan la cabeza de un decapitado, alternando con águilas que llevan en sus garras corazones humanos. Escenas más reales de este mismo rito pueden verse en las banquetas laterales del Juego de Pelota.

Los dos cráneos estaban asociados con objetos de jade, muy dañados por la acción del fuego, y un disco de piedra arenosa sobre el que todavía quedan restos de un mosaico hecho a base de pequeñas placas de pirita muy bien pulidas. Tanto el disco, como algunos de los objetos de jade, fueron depositados ya rotos e incompletos. Varios discos de piedra are-

nosa semejantes al anterior, fueron hallados por los arqueólogos de la Institución Carnegie, durante las exploraciones hechas tanto en El Caracol como en el Templo de los Guerreros, según menciones de sus respectivas publicaciones.

El altar circular, que fué encontrado fragmentado e incompleto, sin duda era un antiguo anillo de juego de pelota que fué transformado en altar; la prueba se encuentra en sus dimensiones y en sus motivos ornamentales de serpientes entrelazadas, sobre todo en el orificio central que es característico de los anillos de juego de pelota. Este cambio de función quizá se haya debido a que su manufactura fué defectuosa o a que se rompiera la espiga en el momento de hacerla, razón por la que fué preciso darle otro uso. Según los restos de estuco que por uno de sus lados tiene la piedra, se deduce de que fué usada en posición horizontal, es decir, empujada en el piso.

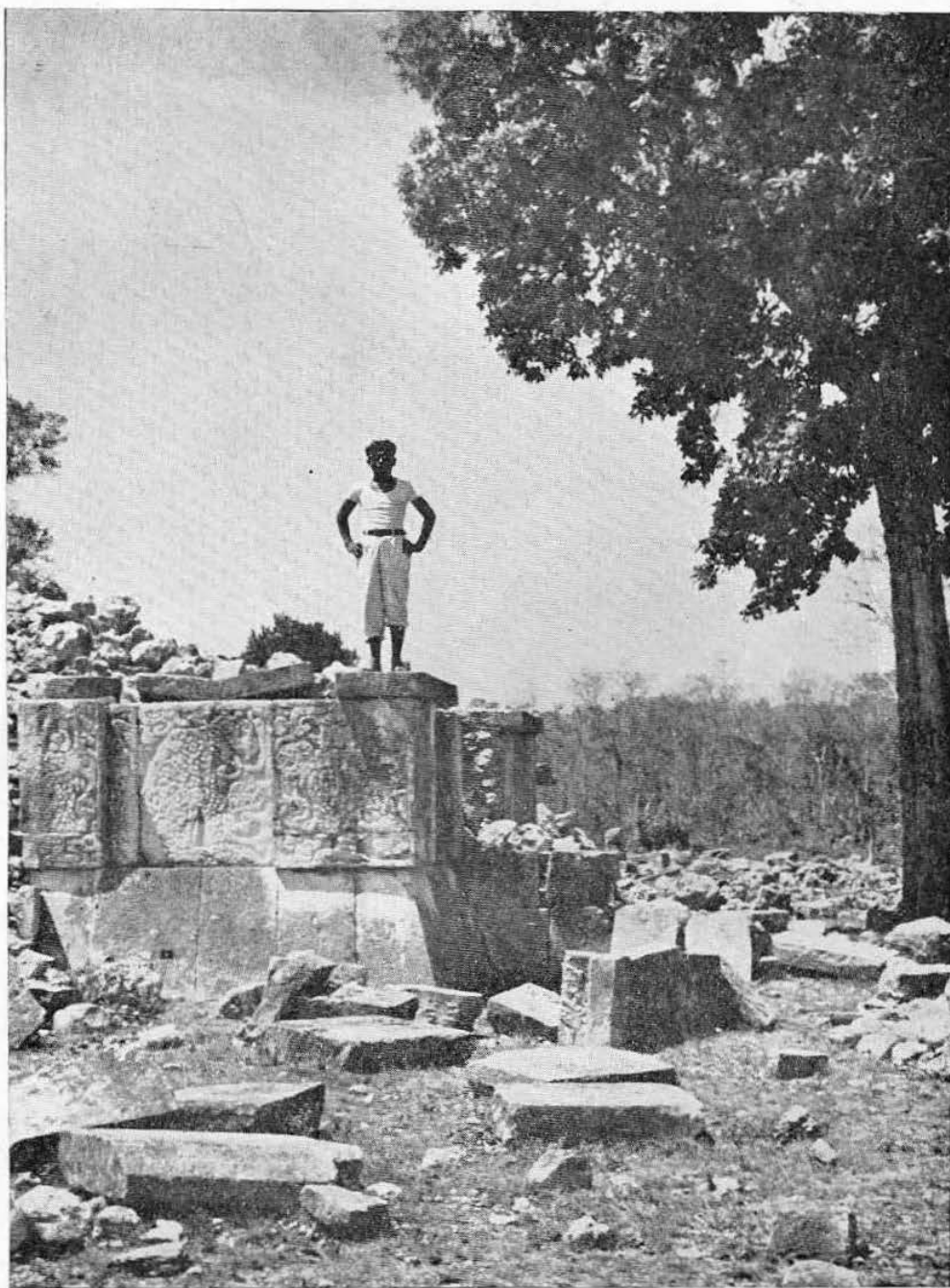
Llamamos la atención sobre el hecho de que sobre la moldura mayor de una de las caras laterales se ve una hilera de veintiséis pequeños pescados, de los cuales trece van en una dirección y los restantes en la opuesta, hasta unirse en el lado contrario al lugar donde se encontraba la espiga del anillo.

Los bajorrelieves de El Tzompantli también encierran simbolismos relacionados con Quetzalcóatl. Desde luego, su nombre deriva de las representaciones de "calaveras humanas ensartadas en palos"; pero los guerreros semidescarnados, las águilas y las "serpientes emplumadas", indican que es un Tzompantli dedicado a Quetzalcóatl, posiblemente en función de *Tlahuizcalpantecuhli*, o sea Venus, la Estrella Matutina.

Otra característica se suma al Templo de las Águilas y al Tzompantli; la de compartir la misma desviación de 17° al igual que los demás monumentos que forman la Gran Plaza. Esta manera de orientar los edificios es típica de los toltecas, tanto de Tula como de Chichén Itzá y otras ciudades que recibieron fuerte influencia tolteca. Tal costumbre de orientar los monumentos no fué un invento puramente tolteca, sino una herencia de las culturas anteriores, o sea de los teotihuacanos.

Aunque cronológicamente no pueda precisarse la fecha de la construcción de estos dos edificios, podemos sugerir que datan del siglo XII, es decir, que fueron hechos por gentes de la segunda emigración del Valle de México a Yucatán. Con relación al Tzompantli puede agregarse que se

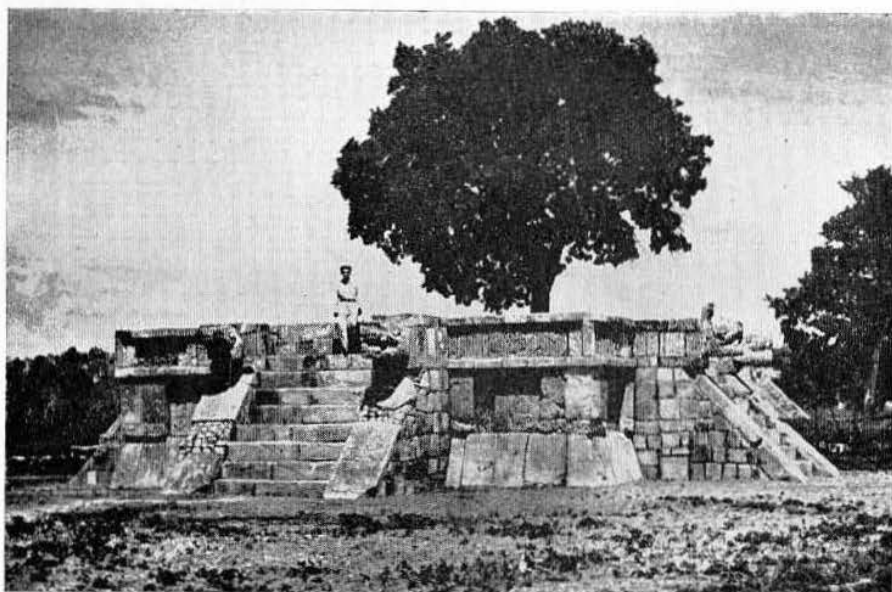
trata de una estructura todavía más reciente, puesto que fue construído directamente sobre el último piso general de la Gran Plaza de Chichén Itzá, el que sin duda fué colocado al terminar la edificación tanto del Templo de las Aguilas como el de Venus.



Lám. I. El Templo de las Aguilas. Vista general del ángulo sureste mostrando la parte restaurada en 1931.



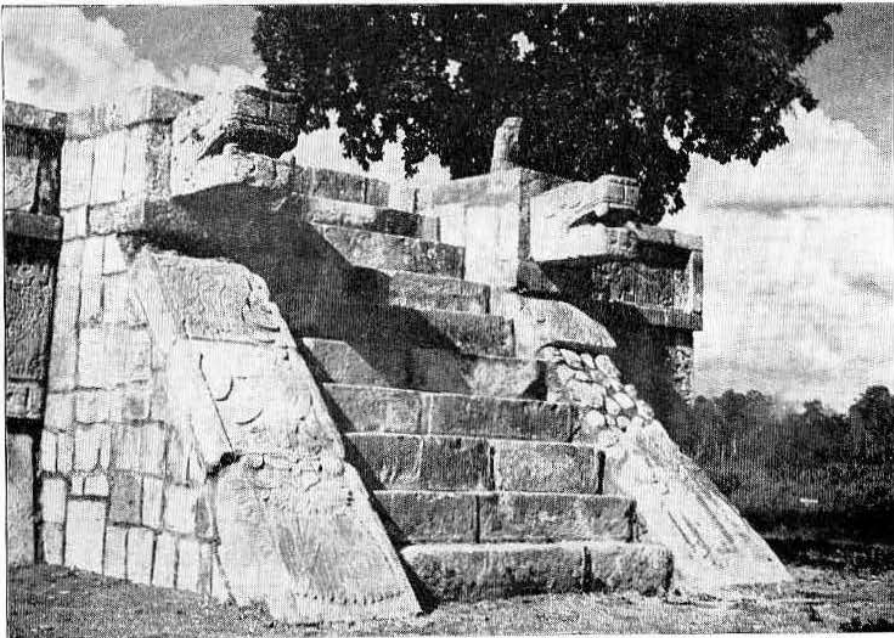
Lám. II. Templo de las Aguilas. El lado oeste antes de los trabajos de restauración.



Lám. III. El lado oeste completamente restaurado.



Lám. IV. Base de la escalinata sur mostrando *in situ* las piedras de la escalinata y de las alfardas.



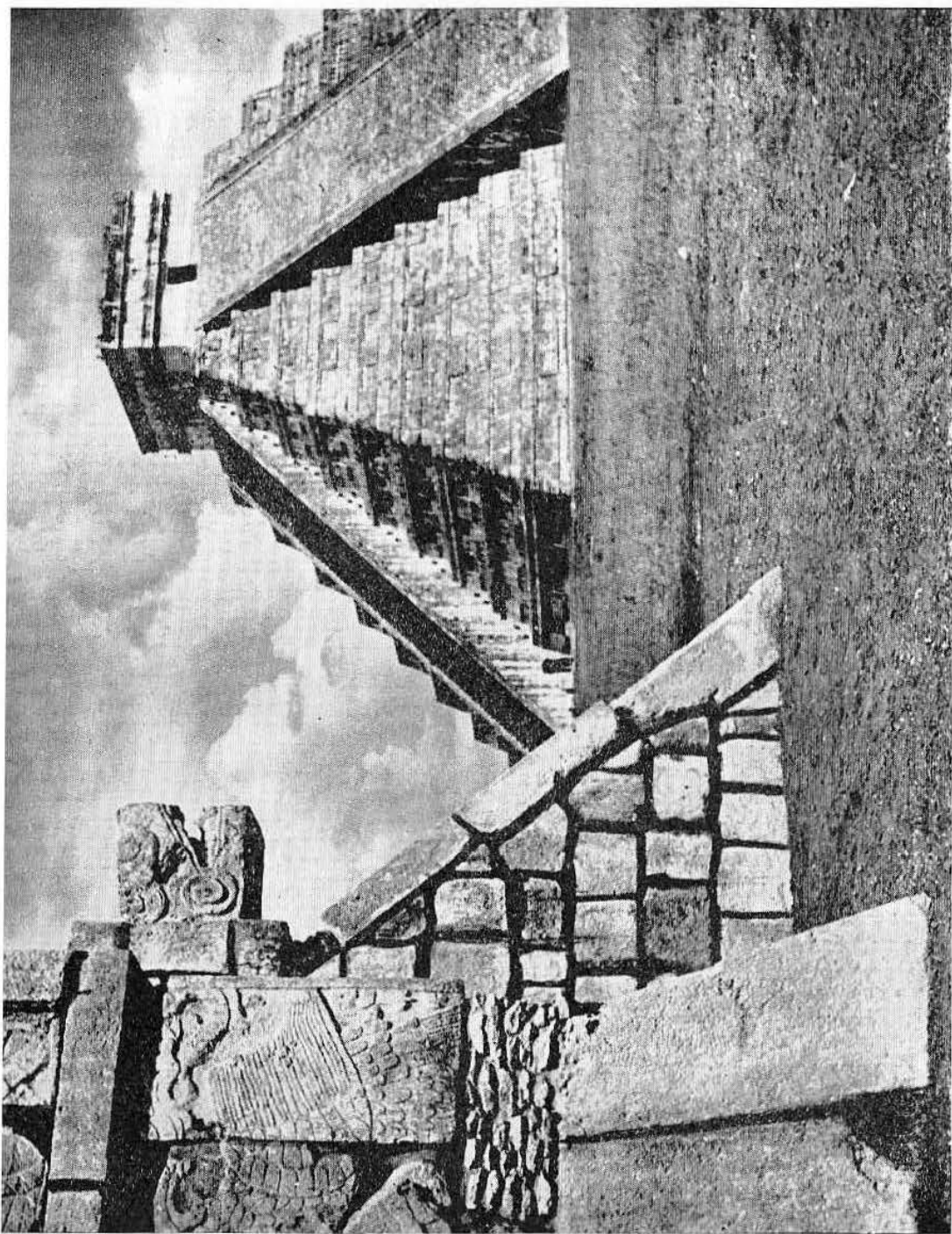
Lám. V. La escalinata sur restaurada.



Lám. VI. Manera en que se "amarraron" con varilla las cabezas de serpientes que tenían la espiga rota.



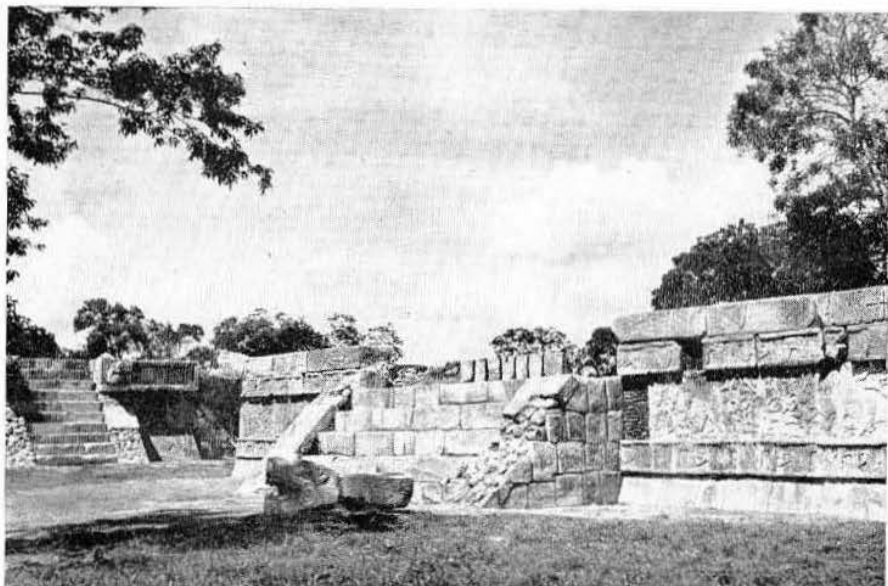
Lám. VII. Véase la forma en que se colocaron las varillas a las cabezas de serpientes que carecían de "espiga".



Lám. VIII. Detalle del ángulo suroeste de El Templo de las Águilas, Chichén Itzá. Al fondo El Castillo.



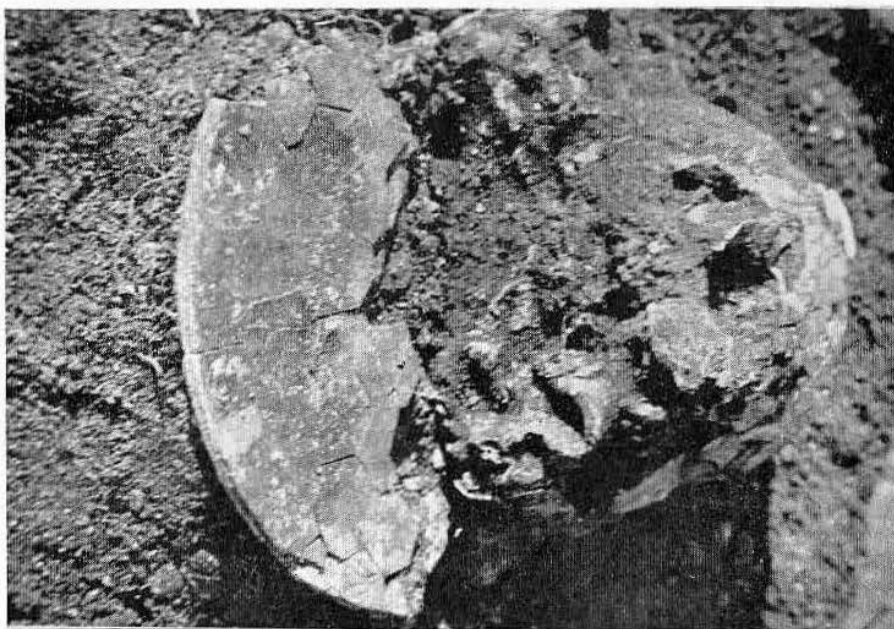
Lám. IX. El Tzompantli; vista general de la fachada antes de los trabajos de restauración.



Lám. X. La fachada principal del mismo edificio después de los trabajos de restauración.



Lám. XI. Anillo de Juego de Pelota encontrado en El Tzompantli y que fué utilizado como altar. En la moldura exterior hay una hilera de pequeños pescados.



Lám. XII. El Entierro 1-11 de El Tzompantli, mostrando un cráneo colocado sobre un disco incompleto.



Lám. XIII. La nueva entrada a la zona arqueológica de Chichén Itzá.



Lám. XIV. El campamento de Chichén Itzá, con las reformas hechas en la última temporada de trabajos.